

**O****Opinión**

## La siembra de nubes

“**L**a siembra de nubes”, de Claudia Apablaza, es una novela que se mueve entre la ciencia y la memoria, entre el deseo de partir y el peso de lo que se queda. Amelia, investigadora chilena a punto de emigrar a Canadá para estudiar la inducción artificial de la lluvia, atraviesa los días previos al viaje como quien ordena un archivo íntimo. Vacía su departamento, decide qué libros heredados conservar y ensaya despedidas. La técnica que estudia –provocar precipitaciones en un mundo seco– funciona como metáfora de otra tarea más difícil: convocar las tormentas necesarias para decir adiós.

La autora entrelaza la crisis climática con una historia familiar hecha de silencios, exilios y versiones incompletas. La figura del tío ausente, los relatos contradictorios de la abuela y la tía, y los fragmentos de lecturas subrayadas componen una genealogía movediza, donde la verdad se parece más a un murmullo que a una certeza. La novela avanza por capas, justamente como un proceso atmosférico: dispersa escenas, cristaliza recuerdos, precipita conflictos, evapora certezas.

También hay un mapa de vínculos contemporáneos, a veces tiempos, a veces destructivos, donde el amor y el trabajo se confunden con la ambición y el desgaste. Amelia no es una heroína impecable: duda, se equivoca, se expone. En esa fragilidad, la prosa de Apablaza encuentra su pulso: precisa, contenida, sin ornamentos superfluos. “La siembra de nubes” propone que toda partida es una forma de experimento. Antes de cruzar el cielo, hay que medir las pérdidas, calibrar los afectos y aceptar que ninguna lluvia limpia por completo. Queda, sin embargo, la promesa de una nueva cosecha.

c2